

«No es muy fácil identificar a un maltratador encantador y romántico»

Lucía Solla Sobral
Escritora

'Comerás flores', ópera prima en la que desvela la parte oculta del enorme iceberg del abuso psicológico, es la gran sorpresa editorial del año

MIGUEL LORENCI

MADRID. Ha dado en la diana con su primera novela. 'Comerás flores' (Libros del Asteroide), de Lucía Solla Sobral (Marín, Pontevedra, 1989), es la gran sorpresa del curso editorial. En apenas tres meses ha sumado 12 ediciones y más de 30.000 ejemplares vendidos. Lectores y crítica celebran una ficción que ilumina la parte oculta del gigantesco iceberg del maltrato psicológico. Una lacra que afecta a mujeres de toda condición. La protagonista, Marina, es una joven recién graduada que inicia una relación con Jaime, veinte años mayor que ella, y que se ve anulada. Su autora, que «aún» trabaja en marketing, dedica el libro a todas las Marinas. **–Críticas excelentes y miles de lectores agradecidos. ¿Más sorprendida o abrumada?**

–Las dos cosas. No me lo esperaba. Empecé un diario para no olvidarme de todo lo bonito que estaba pasando y escribí que ojalá se agotara la primera edición. Nunca pensé que se vendería así. **–El boca a oreja se anticipó a las críticas. ¿Orgullosa?**

–Sí. Empezó a gustar a las lectoras, que lo recomendaron y regalaron. Sobre todo entre amigas. Cenando en un restaurante vi que en la mesa de atrás unas chicas se lo regalaban a otra. Una alegría.

–Toca la tecla de una violencia invisible y ellas reaccionan.

–Mi mayor miedo era que nadie entendiera a Marina. Sabía que había víctimas de este tipo de maltrato, pero no que tantas se sentirían identificadas. Me da mucha pena, pero por otro lado me alegra que encuentren en la historia un refugio, que se sientan comprendidas al saber que no fue culpa suya.

–¿El maltrato oculto está mucho más extendido de lo que pensamos?

–Muchísimo. Es más habitual y está más normalizado de lo que creemos. Es muy difícil identificarlo. Aunque pensemos que ya controlamos todas esas 'red flags' de alarma, hablamos muy poco de él. En las noticias vemos cuando matan a una mujer, pero no se explica qué es el maltrato psicológico ni qué comportamientos



La escritora Lucía Solla Sobral, que lleva doce ediciones de su primera novela. MARCO MAS

lo acompañan, lo que dificulta aún más detectarlo.

–¿Hay mucho maltratador refinado, romántico, como el de la novela?

–Claro. Durante mucho tiempo pensamos que había un perfil muy concreto de víctima y de maltratador: un hombre rudo, violento, brusco. Y no. Puede ser encantador, romántico, detallista. Pertenecer al mundo de la cultura o de la política. Una persona maltratadora no lo es todo el tiempo es muy complicado identificarlo, darse cuenta desde fuera y desde dentro. Puede ser cualquiera, como cualquiera puede ser víctima.

–¿Se educa aún a las mujeres para que aspiren a amores de película?

–Sí. Las comedias románticas si-

guen transmitiendo mensajes como 'si te sacrificas lo suficiente, conseguirás estar con él, o 'es el objetivo de tu vida'. Cada vez somos más conscientes de que eso no es lo más importante ni la forma de construir un vínculo sano, y aprendemos a defendernos. Pero hay que empezar a educarles a ellos para que no agreden.

ALARMAS ACTIVADAS

«Algunas lectoras han dejado a sus parejas al identificar comportamientos tóxicos»

–¿Cualquier mujer, rica o pobre, culta o analfabeta, puede ser víctima?

–Sí. Puede ocurrir a cualquier edad y seas de la clase que seas. Aunque tengas independencia económica, formación académica y conciencia feminista. En un momento de vulnerabilidad puedes cruzarte con alguien dispuesto a aprovechar esas heridas. Tener recursos ayuda a salir antes, pero no te inmuniza al cien por cien. Por eso me interesaba que Marina fuera una chica formada, con amigas, familia estructurada y trabajo. Y aún así, atrapada en una relación de maltrato.

–¿Ha encontrado muchas Marinas entre sus lectoras?

–Muchísimas. Recibo a diario decenas de mensajes de mujeres que estuvieron en ese pozo, que

lograron salir, pero que aún arrastran vergüenza. Otras me dicen que al leer el libro han cicatrizado algo la culpa que sentían. Algunas han dejado a sus parejas al identificar comportamientos tóxicos. Es fuerte, pero me pone muy contenta. También recibo mensajes, menos, de hombres que revisan su conducta tras leer la novela y comprenden que hacían daño sin ser del todo conscientes.

–¿Ha padecido en carne propia lo que sufre Marina?

–Viví algunos comportamientos como los de Jaime. Mis amigas, muchos más. He juntado sus historias, las de amigas de amigas y de víctimas de maltrato psicológico con experiencias propias. No es autobiografía ni autoficción, pero documentarme fue fácil, por desgracia. Muchas mujeres en mi entorno habían vivido situaciones similares.

–Se propuso abordar un tema durísimo sin un tono trágico o ultradramático ¿para no asustar al lector?

–La historia ya es muy dura en sí misma y era clave cómo contarla. Me importa tanto el qué como el cómo. Quería darle peso literario, contarla desde la belleza de las palabras, aunque suene contradictorio. Apoyarme en el lirismo para equilibrar continente y contenido. Eso suaviza la lectura, aunque a veces agudiza el dolor: lees algo terrible expresado con palabras aparentemente bonitas.

–¿Se aprende a ser maltratador o está en los genes?

–No sé si es genético. Pero sí sé que nos educan en el machismo. A nosotras, para cuidar, comunicar, atender y sacrificar nuestros deseos. A ellos, para ser protectores, proveedores, autoritarios. El machismo nos atraviesa a todos. Se aprende y, si no se cuestiona, permanece dentro.

–Hay jóvenes antifeministas que creen que se les considera a todos violadores o maltratadores. ¿Lo ha constatado?

–Sí. Hay una brecha de género enorme en cómo evolucionamos, sobre todo entre los jóvenes. Cuando el feminismo tomó más fuerza, en torno a 2017, muchas mujeres lo asumimos y entendimos que había que avanzar. Algunos chicos, muy influidos por noticias falsas y ciertos discursos políticos, se sintieron atacados, que debían renunciar a privilegios y revisar sus ideas. Es algo incómodo, por lo que se anclaron aún más en el machismo. Todo les frustra, les violenta, y la frustración genera más violencia.

–Jóvenes frustrados y sin un futuro claro. ¿Quién se lo ha robado?

–La clase política. Crecimos pensando que con formación y esfuerzo tendríamos estabilidad, trabajo y vivienda. Y no. Es algo que atraviesa generaciones: hay personas de 40, 50 o 60 años compartiendo piso o desahuciadas. Es una cuestión de clase, con políticos cada vez más alejados de la realidad de la gente.